

mandaron quitar las piedras y estorbos que había en el terreno y podían entorpecer las maniobras.¹

Dejaremos la palabra al señor General don Pedro García, testigo presencial de los hechos y tomaremos de la interesante relación que dejó escrita, lo que se refiere á la acción de San Jerónimo Aculco, dice así: "No era la intención encontrarse con Calleja, pues se conocía que el ejército independiente no podía tan pronto batirse con un ejército que venía de refresco y á más no se encontraba libre aún de las fuertes impresiones que ocasiona á una tropa bisoña, el ruido, aparato imponente y consecuencias de una batalla. Por estas consideraciones se pensaba fraccionar aquel ejército, entretener al enemigo, marchar en retirada para Guanajuato, y arreglar mejor las medidas de combatir los avances del mismo enemigo."

"Se dispuso una partida de 500 caballos y de 500 infantes que cubrieron la retaguardia, en unión de un cañón de á cuatro de los quitados á Trujillo, y como se estaba en el camino que debía traer Calleja, se dejó para dirigirse á San Jerónimo Aculco, en estas y en otras determinaciones se fue pasando el día, y se llegó al pueblo mencionado, ya siendo de noche. La pequeñez del lugar no podía proporcionar inmediatamente los recursos necesarios. Mucho trabajo costó acercar las reses para surtirse de alguna manera: eran las doce de la noche, y apenas se habían matado pocos animales; faltaba destazarlos y repartirlos á prorrata, y á las dos de la mañana se hicieron lumbradas para que los mismos soldados asaran la carne: se agregaba la fatiga del día y la desvelada consiguiente, la caballada y la mulada habían sufrido la misma escasez, de tal modo que aquel ejército aprovechó muy pocas horas de la noche para poder dormir y descansar. Se habían puesto las avanzadas necesarias por rumbo de Arroyo Zarco, pues se supo en la noche que Calleja había llegado á ese punto. No se esperaba que este jefe, después de una marcha larga, intentara buscar sobre la misma el ejército independiente, que se hallaba á poca distancia: sin embargo, por las noticias que se tenían de que el enemigo estaba cerca, se mandó que al amanecer todo estuviera

¹ Sotelo, relación citada.

"listo para seguir la marcha rumbo á San Felipe del Obraje: así se estaba verificando, y tanto los hatajos de mulas que conducían los reales, como los demás carruajes de equipajes hacían movimiento para marchar. Los soldados se entretenían en asar truchos de carne fresca que les había sobrado de la noche anterior. Ocupados estaban en esta operación, cuando se avisó por las avanzadas, que se veían por el rumbo de Arroyo-Zarco unas partidas de caballería, que sin duda eran del enemigo, y se dirigían al campo independiente: esto dió motivo para determinar que algunos regimientos fueran saliendo á formar en puntos más á propósito para esperar al enemigo, caso que éste pensara en una acción: pues se imaginaba tal vez, que sería un simple reconocimiento; sin embargo, de que fue arreglada la línea de batalla, se colocó la artillería en puntos que fue conveniente, advirtiendo que esta arma quitada á Trujillo había quedado sin artilleros, que habían lucido el día de la batalla, y por esto estaba mal servida. No había intención de comprometer una batalla, y sólo se quería entretener al enemigo ínterin las cargas y carruajes podían tomar el camino de San Felipe del Obraje: así estaba dispuesto, pero aconteció que una de las guerrillas independientes, á pesar de las órdenes que tenía, sólo de observación, comprometió un tiroteo, que poco á poco se fue extendiendo á las dos líneas de caballería, frente á frente: se fue acercando la del enemigo hasta ponerse á tiro de cañón: los independientes esperaban á pie firme los avances del enemigo, que con mucha precaución se había acercado. Los independientes, que no querían la batalla, se abstendrían de hacer uso de la artillería, porque sólo pensaban hacer tiempo para que los hatajos pudieran tomar el camino designado, para lo cual se activaba á los arrieros: así andaban las cosas, cuando un accidente inesperado vino á echar por tierra aquella combinación. En el fuego de artillería que el enemigo fue interesando, sin hacer avanzar su infantería, quiso la fatalidad, que una bala de cañón llegó hasta donde estaba situada una partida de caballería independiente, tumbando la cabeza de un soldado montado: el cuerpo permaneció á caballo por unos momentos, pero debilitándose por la abundante sangre que derramaba, cayó al suelo con estrépito: el caballo, que ya se estaba asorando con el ruido de las

“balas, que se repetían por aquel punto, y quedando el jinete atorado de un estribo, corrió precipitado por entre la caballería: el enemigo que atento observaba aquel movimiento, entendió que lo ocasionaba su artillería y siguió dirigiéndole sus tiros: la caballería, desordenada, que se veía hecha el blanco del enemigo, se desbandó en gran parte, determinándose por el ejército un terrible movimiento de desorden, que fué á parar á los arrieros y cocheros: los más dejaban los hatajos á medio cargar, abandonando las mulas y los grandes intereses que conducían; los otros abandonaban también los carruajes dejando las mulas uncidas: las personas que ocupaban los coches vagaban á pie buscando el camino, y en momentos tan críticos, se ordenó que se rompieran los sacos del dinero, ya para que tomaran los soldados lo que quisieran, ya también para que el enemigo tuviera con que entretenerse, caso que intentara la persecución. El Sr. Allende, en tanto desorden, mandó á algunos generales y oficiales, que saliendo al camino contuvieran con empeño aquella dispersión; pensaba que pudiendo reunir siquiera mil ó más caballos, podía volver sobre el enemigo de un modo brusco y desesperado; mas este empeño no se logró, porque el mismo señor Allende, que salió al camino á reconocer la gente reunida, desistió por ver que eran pequeñas partidas que no llenaban el objeto. Así se dirigió á San Felipe del Obraje para hacer alto, y que sirviera de punto de reunión, la que se verificó habiendo reunido al día siguiente más de seis mil hombres de los dispersos, llevando todos sus armas. Se determinó dar algún arreglo á aquella gente, formándose compañías y después regimientos, medida provisional, para que pudiera marchar masa tan desordenada.”

“Al separarse Allende del campo donde había ocurrido aquella catástrofe, había dejado una partida de caballería como de observación, para que le dieran parte á cada momento de los movimientos del enemigo, y por ellos arreglar los suyos, ya retirándose ó ya esperando reunir aquella dispersión. El primer parte, contenía la noticia de que el enemigo, luego que observó que cesaron los fuegos de los independientes y se habían retirado de la línea de batalla, hizo alto, y no se atrevió á avanzar, creyendo sin duda que aquel movimiento repentino de retirada, bien podía ser un ardid

“de guerra y no quiso aventurarse; por esto fue que, habiendo comenzado la acción á las nueve de la mañana, no se determinó Calleja á reconocer el campo, sino hasta las tres de la tarde, dejando entonces la actitud de mero espectador; y ya sea por precaución militar, ya por una buena dosis de temor, ó ya porque pudo recoger un apreciable botín, lo cierto es que la actitud de Calleja, dió lugar á Allende para reunir cuanto soldado pudo. En esta acción tan desordenada y según el parte que Calleja da al virrey, se ve un número prodigioso de muertos hechos á los independientes, cuando sólo aparecieron 27. Estos partes, exagerados unos y otros formados á la medida de propias miras, dieron lugar á que Calleja disfrutara de una gran reputación militar y á que después lo condujeran de la mano hasta el virreinato de México. Arreglado del modo posible por Allende el ejército que se había desbandado, se dió orden de dirigirse para Guajuato, no sin tener que vencer algunas dificultades, una de ellas la falta de numerario para mantener aquella fuerza.¹

Entre esta relación y las de Sotelo y el coronel don Diego García Conde, hay al parecer algunas contradicciones en los detalles, pero en el fondo están contestes todos ellos, lo que me hace suponer que las diferencias que en ellas se notan no implican una contradicción, sino que cada uno de los relatores ocupaba en el campamento un sitio diverso y relata lo que él presencié por el rumbo en que se encontraba.

Calleja, en el parte que da al virrey, hace ascender el número de muertos que tuvieron los insurgentes á diez mil, cuando tan sólo fueron 85, contando con los que tuvieron las avanzadas en Arroyo Zarco, y cincuenta y tres heridos, de los que murieron diez, según consta del parte que rindió á Calleja la Justicia de Aculco, que fue quien, á su costo, mandó levantar y reconocer el campo; en cambio el botín recogido por Calleja fue considerable y se componía de lo siguiente: Los dos cañones que perdió Trujillo en el monte de las Cruces, ocho cañones de á cuatro, uno de á ocho, un carro de municiones, ciento veinte cajones de pólvora, cuarenta cartuchos de bala y metralla, tres cajones de municiones, cincuenta balas de hierro, que le habían quitado á Trujillo, diez racimos de

¹ P. González. Historia de Dolores, págs. de 201 á 205.

metralla, dos banderas del regimiento de Celaya, una del de Valladolid y cuatro de las de los insurgentes. diez cajas de guerra, un carro de víveres, mil doscientas cincuenta reses, mil seiscientos carneros, doscientos caballos y mulas, trece mil quinientos cincuenta pesos, en reales, infinidad de fusiles, equipajes, ropa, papeles y diez y seis coches. Se hicieron seiscientos prisioneros, de los que Calleja mandó fusilar veinte y siete de los que eran de las compañías provinciales y se habían pasado á los insurgentes; cogieron también varios sacerdotes que seguían á Hidalgo, sin ningún empleo, entre los que se encontraban el Dr. don José María Castañeda y el Br. don José María Abad y Cuadra y á la familia de Aldama, la que por influencia del coronel don Diego García Conde, se le dejó en libertad, provista de un salvoconducto, para que se dirigiera á donde quisiera. Los coroneles García Conde y Conde de Casa Real, así como el intendente de Valladolid, Merino, á quienes Hidalgo traía presos, quedaron allí en libertad.

Al retirarse de Aculco Hidalgo y Allende tomaron rumbos distintos, según lo habían acordado de antemano; el segundo tomó rumbo á Maravatío á donde pernoctó el día 8, el 9 llegó á Acámbaro, el 10 á Salvatierra, el 11 al Valle de Santiago, el 12 á Irapuato, sin haber tocado á Salamanca, y el 13 entró á Guanajuato. Hidalgo por su parte, de Aculco se dirigió á la villa del Carbón, atravesó el distrito de Amealco y tomando por el camino de los Molinos de Caballero, penetró por la jurisdicción de Coroneo á la provincia de Guanajuato y tomando por la hacienda de Juan Martín, llegó á Celaya el 9 por la noche en donde permaneció hasta el día 13, en cuyo tiempo se ocupó en levantar el espíritu de la revolución y en organizar la mucha fuerza que llevaba y los dispersos que diariamente se le reunían; el día 14 salió de Celaya por Amoles, Jaral, Cañada de Chilapa, San Jerónimo, Andaracua hasta Uriangato y en este pueblo pernoctó con cuatro mil hombres que llevaba, habiéndose alojado él en la casa de don Miguel González, administrador de la hacienda de Sta. Mónica; el día 15 pasó por Cuitzeo y Tarímbaro y entró á Valladolid, al medio día, por el barrio de Santiaguillo.¹

1. P. González, Historia de Dolores pgs. 206 á 209.

El día 13 publicó Hidalgo en Celaya la siguiente circular:

"El vivo fuego que por largo tiempo mantuvimos en el cho-
"que de las Cruces debilitó nuestras municiones con terminos
"que convidandonos la entrada á México las circunstancias
"en que se hallaban, por este motivo no resolvimos su ataque,
"y sí el retroceder para havilitar nuestra artillería. De re-
"greso encontramos el ejército de Calleja y Flon con quienes
"no pudimos entrar en combate por lo desproveido de la arti-
"llería, solo se entretubo un fuego lento y á mucha distancia
"entre tanto se daba lugar á que se retirara la gente sin expe-
"rimentar quebrantó como lo verificó. Esta retirada neces-
"ria por la circunstancia tengo noticia se ha interpretado por
"una total derrota cosa que tal ves puede desalentar á los pu-
"silanimes por lo que he tenido á exponer á V. esto para que
"imponga á los avitantes de esta ciudad en que de la retirada
"mencionada no resultó mas grabamen que la perdida de al-
"gunos cañones y unos seis u ocho hombres que se ha regu-
"lado perecieron ó se perdieron; pero que esto no nos debe
"ser sensible asi por que en el día está reunida nuestra tropa,
"como por que tengo montados y en toda disposición quaren-
"ta y tantos cañones reforsados de 12 y 16 y de otros calibres
"en diversos puntos, por lo que concluidos los mas que se es-
"tan haciendo, y provistos de abundante bala y metralla no
"dilataré en acercarme á esa Capital de México con fuerzas
"mas respetables, y temibles á nuestros enemigos. Me dira
"U. en contestacion como se hallan esos animos, que noticias
"corren con alguna provavilidad, que se dice de México, Tlas-
"cala etc. y últimamente cuanto ocurra. Es regular se ha-
"yan reunido los bienes de los Europeos y el que se hayan
"vendido algunos el dinero existente de estos de rentas, y lo
"mas que pueda realizarse de acuerdo con el corregidor me lo
"remiten para la conclusion de mis disposiciones. Dios guar-
"de á V. muchos años. Cuartel general de Selaya Noviembre
"13 de 1810. Miguel Hidalgo, Generalísimo de América.—Al
"márgen: La letra del presente es propia mia, y la firma la
"misma que usaba el benemerito Hidalgo de quien era Secre-
"tario. México Octubre 5 de 1837.—Ignacio Rayon."

Al llegar á Valladolid se encontró Hidalgo con la noticia de haber entrado don José Antonio Torres á Guadalajara y de las discenciones que habia entre los jefes que ocupaban aque-

lla ciudad y en vez de entregarse al reposo y reponerse de las fatigas de la marcha ordenó al intendente Anzorena que publicara un decreto prohibiendo la extracción de toda clase de efectos de aquella provincia para México, el cual se publicó el mismo día 15, mientras que Hidalgo se dedicaba á redactar su refutación al edicto de la Inquisición, y ese mismo día, en la noche se ejecutó, por su orden, el degüello de la primera partida de españoles en la barranca de las bateas.

El día siguiente, 16, se verificó un solemne *Te Deum* al que asistió Hidalgo con toda su oficialidad, las autoridades, las corporaciones civiles y eclesiásticas y vecinos principales, y, terminado el acto religioso, se efectuó una junta de oficiales en la que se trató del aumento y organización del ejército y de acabar de formar el regimiento de caballería que había empezado á organizar el coronel Zaravilla.

En la noche del día 18 se efectuó el segundo degüello de españoles en el cerro del Molcajete, situado sobre el camino que conduce á Pátzcuaro.

El día 17 salió Hidalgo con su ejército para Guadalajara, dejando ordenado el degüello de los españoles que se verificó el siguiente día; el 20 llegó á Zamora en donde fue bien recibido, asistió á una misa en acción de gracias, recogió un donativo que le ofreció el vecindario y el 29 siguió su marcha para la capital de Jalisco á donde pronto iremos alcanzarlo en compañía de Allende, que se hallaba en Guanajuato desde el día 13, á donde llegó la tarde de ese día, habiendo salido á recibirlo el Ayuntamiento.

Sabedor Allende que Calleja avanzaba sobre Guanajuato y no contando con fuerzas ni elementos bastantes para sostenerse, solicitó auxilio de los jefes que acababan de pronunciarse en San Luis Potosí y de los que andaban en Jalisco, y el día 19 escribió á Hidalgo la carta siguiente:

“Sr. Generalísimo D. Miguel Hidalgo y Costilla.—Cuartel general de Guanajuato. Noviembre 19 de 1910.—Queridísimo amigo y compañero mio. Recibí la apreciable de V. de 15 del corriente, y en su vista digo, que nada sería más perjudicial á la nación y al logro de nuestras empresas, que el que V. se retirase con sus tropas á Guadalajara, por que eso sería tratar de la seguridad propia y no de la comun felicidad, y así lo había de creer y censurar todo el mundo. El

“ejército de operaciones al mando de Calleja y Flon, entra por nuestros pueblos conquistados como por su casa, y lo peor es que los seduce con promesas lisonjeras, de suerte que hasta con repiques lo recibieron en Celaya, y tienen razón, por que se les ha dejado indefensos. Todo esto va induciendo en los pueblos un desaliento universal, que dentro de breve puede convertirse en ódio de nosotros y de nuestro gobierno, y tal vez estimularlos á una vileza, de maquinar por conseguir su seguridad propia. No debemos, pues desentendernos de la defensa de estas plazas tan importantes, ni de la destrucción de dicho ejército, que por todas partes esparce, con harto dolor mio, la idea de que somos cobardes, y hasta los mismos indios lo han censurado. De otro modo, abandonada esta preciosa ciudad la más interesante del reino, ó si somos derrotados en ella por el enemigo, ¿qué será de Valladolid, Zacatecas, Potosí y de los pueblos cortos? ¿y qué será de la misma Guadalajara, para donde se dirigirá el enemigo cada vez más triunfante y glorioso con sus conquistas? Me parece infalible la total pérdida de lo conquistado y la de toda la empresa, con el agregado de la de nuestras propias vidas y seguridad, pues ni en la mas infeliz ranchería la hallaríamos, viéndonos cobardes y fugitivos, sino que ellos mismos serian nuestros verdugos.

“El mismo Huidrobo y su ejército pedían, en vista de que Guadalajara nos espera de paz, que pasase yo en persona, para mayor solemnidad y mejor arreglo de las cosas; pero como no trataba yo de asegurarme, sino de la defensa de esta ciudad (Guanajuato) de tanto mérito por su entusiasmo, por los muchos intereses que tenemos en ella, por la casa de moneda que tanto importa, y por tantos mil títulos, no quise hacerlo sino permanecer aquí y prevenir á V., como lo he hecho, y á las divisiones de Iriarte y Huidrobo, se acerquen con cuanta fuerza puedan, para atacar al enemigo por todas partes, destruirlo y abrirnos el paso á Querétaro y México ó cuando menos conseguir la seguridad de lo conquistado, y hacer fuertes en sus fronteras, para cortar á México viveres y comunicaciones. El Lic. Avendaño acompañó á Huidrobo á Guadalajara para el arreglo del gobierno, y lo demás, y tambien hice lo acompañase Balleza, á las órdenes de Huidrobo previniendo á éste en presencia del mis-

"mo Balleza, que no se le obedeciese por ser tan manifiesta
 "su debilidad, y que solo pensaba en la seguridad personal.
 "No fué necesario ni que llegasen á Guadalajara, ni para su
 "toma, ni para el arreglo del gobierno en todas sus partes,
 "por que el famoso capitan Torres y los mismos patriotas
 "buenos y vecinos de Guadalajara lo han puesto todo en el
 "mejor órden que se puede desear, segun los partes que re-
 "cibí ayer y así cualquiera otra cosa, léjos de fomentar el ór-
 "den lo destruirá é introducirá el desórden que tantos estra-
 "gos nos ha ocasionado. En esta virtud, en justicia y por amor
 "propio, no puede ni debe V. ni nosotros pensar en otra cosa
 "que en esta preciosa ciudad que debe ser capital del mundo,
 "y así sin pérdida de momentos ponerse en marcha, con cuan-
 "tas tropas y cañones haya juntado, para volver á ocupar el
 "valle de Santiago; y los pueblos ocupados por el enemigo
 "hasta esta frontera, y atacarlo con valor por la retaguardia.
 "dándonos aviso oportuno de su situación para hacer nuestra
 "salida, y que cercado por todas partes, quede destruido y
 "aniquilado, y nosotros con un completo triunfo." Está fir-
 "mada Ignacio Allende capitan general de América, y en post-
 "data añade: "Es llegado el tiempo de hablar con la libertad
 "que pide nuestro comprometimiento. Yo no soy capaz de
 "apartarme del fin de nuestra conquista: mas si empezamos
 "á tratar de las seguridades personales, tomaré el separado
 "partido que me convenga, lo que será imposible practique,
 "siempre que V. se preste con vigor á nuestra empresa, y V.
 "y no otro debe ser el que comande esas tropas. Guadalajara,
 "aun cuando le faltase algún arreglo, despues se remediará,
 "y Guanajuato acaso seria imposible volverlo á hacer, vuestro
 "adicto. Vale."

Y al dia siguiente le dirigió otra carta en términos mucho más duros, la que á la letra dice:

"Guanajuato, 20 de Noviembre de 1810.—Mi apreciable com-
 "pañero, Vd. se ha desatendido de todo nuestro compromie-
 "timiento, y lo que es mas, que trata vd. de declararme cán-
 "dido, incluyendo en ello el mas negro desprecio hácia mi
 "amistad. Desde Salvatierra contesté á Vd. diciendo, que mi
 "parecer era el de que fuese Vd. á Valladolid y yo á Guana-
 "juato, para que levantando tropas y cañones, pudiésemos
 "auxiliarnos mutuamente segun que se presentase el enemi-

"go: puse á vd. tres oficios con distintos mozos, pidiendo que
 "en vista de dirigirse á esta el ejército de Calleja, fuese vd.
 "poniendo en camino la tropa y artilleria que tuviese, que á
 "Iriarte le comunicaba lo mismo, para que á tres fuegos des-
 "baratásemos la única espina que nos molesta; ¿qué ha resuel-
 "to de todo esto? que tomase vd. el partido de desatenderse
 "de mis oficios y solo tratase de su seguridad personal, de-
 "jando tantas familias comprometidas, ahora que podíamos
 "hacerlas felices; no hallo como un corazon humano en quien
 "quepa tanto egoismo, mas lo veo en vd. y veo que pasa á otro
 "extremo: ya leo su corazon y hallo la resolucion de hacerse
 "en Guadalajara de caudal, y á pretexto de tomar el puerto de
 "San Blas, hacerse de un barco y dejarnos sumergidos en el
 "desórden causado por vd. ¿qué motivo ha dado Allende para
 "no merecer estas confianzas?

"No puedo menos que agriarme demasiado, cuando me di-
 "ce vd. que el dar órden en Guadalajara lo violenta; ¿de cuan-
 "do acá vd. así? Tenga presente lo que en todos los países
 "conquistados me ha respondido vd. cuando yo decía: "es ne-
 "cesario un día más para dar algun órden, etc."

"Que vd. no tuviera noticia (como se dice) del enemigo ni
 "de Querétaro, es una quimera, cuando de Acámbaro, de
 "Salvatierra y Valle de Santiago, desde la semana pasada me
 "están dando partes, y lo que es más, con los dos primeros
 "oficiales que mandé á V., acompañé dos cartas y ellas llega-
 "ron á Valladolid y se me contestaron; pero á V. no llegan
 "mis letras, segun que se desentiende en su carta."

"Espero que V. á la mayor brevedad me ponga en marcha
 "las tropas y cañones, ó la declaración verdadera de su cora-
 "zon, en la inteligencia que si es como sospecho, el que V.
 "trata de solo su seguridad y burlarse hasta de mí, juro á V.
 "por quien soy que me separaré de todo, mas no de la justa
 "venganza personal.

"Por el contrario, vuelvo á jurar que si V. procede confor-
 "me á sus deberes seré inseparable y siempre consecuente
 "amigo de V.

"Ignacio de Allende."

Refiriéndose á estas cartas, dice Alamán: "Hidalgo, no obs-
 tante tan reiteradas y urgentes instancias de Allende, llevó
 á efecto su resolucion de marchar á Guadalajara." "Súpose

en Valladolid el 14 de noviembre la entrada de Torres en aquella ciudad y se solemnizó con misa de gracias en catedral á que asistió Hidalgo, bajo dosel, acompañado de los oficiales Foncerrada y Villalongín y *el 17 verificó su salida.*” Pues si el 17 verificó su salida y las cartas fueron escritas los días 19 y 20, es decir; la primera tres días después de su salida y la segunda el mismo día que llegó á Zamora, cómo se explica *que no obstante las reiteradas y urgentes instancias de Allende llevó á efecto su resolución de marchar á Guadalajara*, cuando no vio siquiera las cartas de Allende en que este hacía tales instancias, porque fueron escritas cuando él estaba ya en Zamora y lo probable es que no las recibiera ni en el camino, porque dado caso de que se las hayan mandado de Valladolid con algún propio, teniendo en cuenta la ventaja que le llevaba, este lo iría alcanzar hasta Guadalajara.

Ni Iriarte, ni ningún otro de los jefes á quienes Allende había llamado en su auxilio, llegaron á Guanajuato y este se vio en la necesidad de defender la plaza con los únicos elementos que había podido reunir.

El 23 de noviembre llegó Calleja al rancho de Molineros á cuatro leguas de Guanajuato, y el día siguiente intentó un reconocimiento por la cañada de Marfil; pero los insurgentes comenzaron hacerle fuego con su artillería desde Rancho Seco, por lo que se vió precisado á emprender el ataque de la plaza que tenía determinado efectuar el día siguiente; y para este fin dividió su ejército en dos columnas de las que una puso á las órdenes de Flon y de la otra tomó él el mando.

Flon, tomó por el camino de la Yerba Buena, y Calleja con su columna, tomó el camino del Real de Minas de Santa Ana que conduce á Valenciana, y así avanzando el uno por la derecha y el otro por la izquierda, eludieron el paso por la cañada de Marfil donde Allende había mandado practicar mil quinientos barrenos en los espaldones de la cañada y comunicados todos ellos con una sola mecha para que dando fuego todos ellos al mismo tiempo sepultaran al ejército español entre los escombros; pero el secreto de estos barrenos fue vendido á Calleja por el regidor alférez real¹ don Fernando Pérez Marañón, y así tomó sus disposiciones para dejar burlados los proyectos de Allende.

1. Bustamante, Cuadro histórico tomo I, fol. 100.

La falta de armas y municiones de los insurgentes y, sobre todo, la falta de jefes y disciplina le dio el tiempo á Calleja, quien en seis horas llegó á Valenciana, mientras que Flon ocupaba las alturas, habiendo perdido los insurgentes doscientos cuarenta y seis hombres muertos, según el parte dado por el cura de Marfil, encargado de enterrar los cadáveres.

Sabida la derrota de los insurgentes, la plebe comenzó á reunirse en las inmediaciones de Granaditas é instigados por el negro Lino, platero, originario de Dolores¹ se echaron sobre la guardia que custodiaba los españoles, presos, en aquel edificio y degollaron sin piedad la mayor parte de los doscientos cuarenta y siete europeos que allí estaban; y si no acabaron con todos, fue debido á que circuló la voz de que ya venía Calleja y la plebe se puso en fuga, no sin haberse llevado cuanto pudieron y hasta la ropa de los muertos á quienes dejaron desnudos.

Allende que había salido ya de la ciudad, tuvo noticia de lo que pasaba en Granaditas y se volvió para contener la plebe; pero fueron infructuosos sus esfuerzos, y se retiró á la mina de Chichíndaro, y al rayar el alba del día 25, rompió el fuego sobre Calleja con un cañón que había colocado en el cerro del *Cuarto* con lo que pudo impedir el avance de Calleja y proteger la retirada de su tropa; desmontada la pieza de Allende por la artillería española, éste se fue á reunir con su gente que le llevaba la delantera y se dirigió con ella á San Felipe.

Calleja al entrar á Guanajuato tuvo noticia del degüello, y al pasar por Granaditas mandó fusilar á los seis primeros desgraciados que se le presentaron, sin ocuparse de averiguar si eran ó no culpables, y en seguida mandó tocar á degüello, cuya orden dio también Flon, pero como las calles estaban desiertas y las casas cerradas, no hubo alma viviente con quien haber cumplido tales órdenes; y al llegar Calleja á la plaza se le presentó el virtuoso y muy respetado fraile dieguino Fray José M^a de Jesús Belauzarán, el que, echándose á sus piés y presentándole una imagen de Jesucristo crucificado, obtuvo que mandara suspender² aquella bárbara

1. Bustamante, Cuadro histórico, T. I., folio 101.

2. Alamán, T. II, pág. 44.

disposición; pero el mismo día publicó un bando, mandando, bajo pena de muerte, que se le presentaran toda clase de armas y municiones, y se delatase á todos los que hubieren favorecido ó fomentado la revolución.

Mandó aprehender al intendente Gómez y á todos los que habían obtenido empleos por los insurgentes, y á todos se les condujo á pie por la cañada de Marfil, la que llevaba alguna agua, hasta el campamento que estaba en Xalapita, á donde pasaron la noche sin abrigos ni alimentos, y al día siguiente los llevaron á la Alhóndiga, en donde fueron encerrados con toda la gente que se había mandado recoger de los barrios, y todos ellos fueron entregados á Flon, nombrado por Calleja para sentenciarlos, y para que nuestros lectores se enteren de cómo cumplió á la perfección con esa comisión el señor conde de la Cadena, copiaremos textualmente la relación que dejó escrita, relativa á aquellos sucesos, el general don Manuel Gómez Pedraza, que fue testigo presencial de ellos, dice así:

“El 24 de noviembre de 1810 atacó á Guanajuato el ejército del general Calleja, al que yo pertenecía; una parte de ese ejército pasó el Vivac la noche de aquel día en Valenciana, y la mañana del 25, todas las tropas entraron á la ciudad. Una ú otra mujer asomaba la cabeza por alguna ventana, y en sus semblantes estaban pintados, el susto y la inquieta curiosidad. En el silencio de la noche sólo se oían las pisadas de los caballos y de los hombres, ó el estridor metálico de las cureñas de los cañones: una especie de estupor reinaba en aquella entrada fúnebre, tan diversa de un asalto, como de la algazara de un triunfo; habiéndose creído que por instinto sentían todos sobresalto y la pena que una gran catástrofe produce.....

“En efecto, el populacho, instigado, había pocas horas antes asesinado á mas de doscientos españoles que se hallaban encerrados en Granaditas.

“La infantería quedó alojada en la ciudad, y la mayor parte de la caballería acampó en Marfil, y en sus inmediaciones. Allí me encontraba yo la mañana del 26, cuando recibí la orden de presentarme con mi compañía al mayor general. Este jefe puso bajo mi custodia y responsabilidades sesenta ó más prisioneros (no hago memoria de número) personas escogi-

das y notables, previniéndome que los condujera á Granaditas y los entregara al coronel D. Manuel Flon, conde de la Cadena, y segundo por su representación en el ejército.

“Granaditas tiene dos puertas de entrada; la principal cae á una plazuela; y la otra está en un costado del edificio; aquella se hallaba abierta; la otra tapiada con adobes: yo formé mi tropa en la plazuela, y entré al funesto edificio, limpio ya de los cadáveres de los asesinados, pero no de la sangre y de los horrorosos vestigios de la reciente matanza: el patio es cuadrado, ó cuadrilongo, y está circuido de arcos, que forman cuatro corredores: en el fondo de estos hay piezas aisladas: cuando entré al pavoroso patio, se paseaba por uno de los costados el conde de la Cadena, única persona que había en todo aquel recinto. Este jefe tendría sesenta años; su estatura era la ordinaria: su traje sencillo y descuidado: una basta casaca cubría sus anchas y abovedadas espaldas, y en sus bolsas ocultaba ambas manos: su cara ceñuda y esquiva, una piel hosca y rugosa: sus ojos hundidos, penetrantes y feros; un mirar altivo y desdefioso; sus cejas canosas, largas y pobladas, daban á su fisonomía un aspecto imponente é ingrato. El conde de la Cadena en su estado normal no se recomendaba por su exterior; pero en aquel momento sus pasos descompasados y tortuosos, su faz animada por la venganza, su boca contraída y convulsiva, manifestaban las pasiones violentas que lo dominaban, é imponía á su persona un carácter de ferocidad salvaje é inexplicable, y tal era el hombre á quien dí cuenta de mi comisión. Su respuesta, á poco más ó menos, fue la siguiente:

Haga Ud. desmontar seis dragones y un cabo para que custodien la puerta.... Distribúyanse los presos en esos cuartos.... Consérvese el resto de la tropa montada, y Ud. aguarde mis órdenes.

Así se hizo y á pocos momentos entró el capitán don Manuel Díaz Solórzano, ayudante mayor del cuerpo de frontera de Río Verde, con unos dos eclesiásticos: poco después ocupó el patio una compañía de infantería, y comenzó la escena que consigno á la historia. “El oficial Solórzano, sacaba uno ó dos presos á la vez de los cuartos en que estaban reclusos: les hacia en la puerta ó en el corredor algunas ligeras preguntas, y sin más formalidad, los enviaba á una pieza deso-

cupada. Allí uno de los sacerdotes los confesaba, y en el acto eran conducidos, vendados los ojos con sus mismos pañuelos, al pasadizo que remataba en la puerta tapiada. Cuatro soldados se destacaban de la fila, y fusilaban al sentenciado volviendo á incorporarse á la tropa, que á pie firme permanecía en el centro del patio, y á cargar sus armas. El Sr. Flon entre tanto se paseaba inexorable y terrible en el corredor fronterizo al lugar de las ejecuciones, cebando sus ojos en ellos, y recreando sus oídos con el estallido de los fusiles.

“A poco tiempo de ésta carnicería, quedó el pasadizo inundado de sangre, regado de sesos y sembrado de pedazos de cráneos de las víctimas, hasta el extremo de ser preciso desembarazar el sitio de los cruentos escombros, sin cuya diligencia no podía ya pisarse el pavimento. Para ejecutar esta operación, se trajeron de la calle algunos hombres, y con sus mismas manos echaron la sangre y las entrañas despedazadas de los fusilados en grandes bateas, hasta desembarazar el lugar de aquellos estorbos para seguir la horrible matanza.

“Uno de los presos, examinados por Solórzano, avisó de una porción de plata labrada que estaba oculta en una casa; é instruído de ello el Sr. Flon, me mandó con el delator y un piquete de mis dragones á recogerla. Al caminar para la casa pasé por el frente de una iglesia, en cuyo atrio yacian hacinados multitud de cadáveres de los españoles asesinados dos días antes. Ese montón de muertos estaba mal cubierto con algunos petates; los cuerpos abotagados por el sol... ¿Pero para qué referir tan repugnantes pormenores? Parece que aquel día tremendo, y de indecible memoria para mí, quiso la Providencia destinarlo á darme las primeras lecciones de lo que pueden ser los hombres abandonados de la razón.

“Separéme de aquel espectáculo de horror: llegué á la casa que me indicó el preso: recogí dos huacales con la plata deseada; y habiendo salido ya á la calle, se me acercaron dos jóvenes de noble continente y de buenos modales, suplicándome que les permitiera acompañarme para ver al general; yo seguí mi camino, y los jóvenes entiendo que habitaban en la casa que acababa de visitar: entraron á la dicha casa con gran festinación, y á pocos momentos, cubiertos de capas y sombreros me alcanzaron en el camino: seguimos todos hasta

Granaditas; los dragones se incorporaron en sus filas, los jóvenes quedaron puertas adentro del edificio, yo entregué la plata recogida á Solórzano, y pasé á dar cuenta de mi comisión al conde de la Cadena.

“Este se paseaba por el mismo corredor en que lo dejé á mi salida; pero en aquel momento leía un papel que tenía con ambas manos: me acerqué á hablarle, escuchó lo que le dije, separando los ojos del escrito, aunque sin dirigirlos á mí. Impuesto de mi relato, me despidió con un signo de su mano; yo lo seguí algunos pasos para informarle de la aparición de los jóvenes que me habían acompañado; más sin dejarme proseguir el informe, y sin alzar la vista del papel que había vuelto á leer, me respondió secamente... Que los fusilen.

Embargado y atónito al oír semejante sentencia, insistí en hablarle; pero entonces se paró, volvió la cara hacia mí, me lanzó una mirada aterradora y repitió con furiosa voz... Que los fusilen. Creo que Solórzano fue el que cumplió la orden; yo permanecí pasmado junto á una de las columnas del corredor; mi estupor fue tal, que no recuerdo lo que en seguida sucedió. Estoy persuadido que los jóvenes murieron muy luego. Aquella infernal hecatombe terminó después, y yo me retiré con el corazón lleno de luto á mi campamento. Tal es el horrible recuerdo que he querido hacer constar en la historia. Cuando me acerqué la vez primera al conde de la Cadena, me pareció un hombre duro é intratable: cuando me separé de él para ir á Marfil, lo tuve por un monstruo, y ese monstruo, sin embargo, fué en Puebla un hombre íntegro, justiciero, activo y desinteresado; un buen gobernador, en fin. ¿Quién después de esto podrá comprender y definir á la miserable especie humana?”—*Manuel Gómez Pedraza*¹.

No satisfecha la sed de sangre que devoraba á Calleja, con sólo estas ejecuciones, mandó poner horcas en todas las plazuelas además de la que había en la plaza, en lo cual hizo que trabajaran cuantos carpinteros pudieron encontrarse, y para estrenarlas mandó sortear diez y ocho individuos del pueblo, los que fueron ahorcados en la plaza al anochecer del 27, y el siguiente día en la tarde fueron ejecutados en la horca que estaba frente á la puerta principal de Granaditas: don Ra-

1. Hernández Dávalos, Documentos, T. II pág. 369.